

JESUS FRESNO: Keynes y los Keynesianos.

John Maynard Keynes es sin duda el economista más arraigado e influyente en las concepciones económicas del presente siglo. El alcance, la fuerza y la dimensión de su pensamiento es buena prueba de ello. Considerado por muchos como el más grande economista del siglo XX, autor, entre otras, de una obra capital en la historia del pensamiento económico, la *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*¹ (1936), fundador de la macroeconomía moderna, ha sido también elevado a la categoría de salvador de sistemas en crisis como hacedor de las recetas que tomarán depresiones en épocas de prosperidad y abundancia.

Las interpretaciones que sobre Keynes se han realizado recogen todo tipo de matices. Liberales, conservadores y radicales han tendido a sacralizar su obra. Como keynesiana se ha conocido la prosperidad de las décadas de los cincuenta y sesenta, de keynesiana se ha tildado la gran inflación aparecida a fines de los años sesenta y que se extiende hasta nuestros días, keynesianos se han proclamado, en definitiva, los gobiernos e individuos responsables de llevar a la práctica las políticas económicas que se han aplicado durante los cuatro últimos decenios en las sociedades capitalistas desarrolladas.

La teoría keynesiana convenció. Penetró tanto en esferas académicas como gubernamentales, manteniéndose como ortodoxia económica dominante durante largas décadas. Hoy día y en cierto modo, todos los economistas tienen algo de keynesianos.

Frente a lo anterior una pregunta se eleva en busca de su preceptiva respuesta ¿qué relación tiene todo esto con Keynes?. Nunca mejor escogido el contexto de la celebración del centenario de su nacimiento

1. *Teoría general* en lo que sigue.

para dimensionalizar, aunque de forma concisa y simplificada, el alcance de sus aportaciones.

1. EL MARCO PREANALITICO DE KEYNES

Las **preconcepciones** analíticas del pensamiento económico de Keynes, aquel particular punto de vista filosófico que impregna toda su obra, deben ser analizadas a la luz de sus días en Cambridge y Londres en la primera década de este siglo y, muy en particular, por su pertenencia al *Círculo* de Bloomsbury.²

La decidida voluntad de enfrentamiento de este *grupo* con la tradicional ética victoriana destaca como factor relevante. Se encontraba lejos de todo aquello que significara un concierto natural en el interior mismo del sistema económico y social. No creía que el individualismo y el egoísmo ilustrado pudieran constituir la base de la armonía social y mucho menos en un hipotético mundo de información perfecta. La falta de coordinación entre las acciones de los individuos contradecían, en última instancia, la supuesta existencia de leyes armónicas preexistentes.

Consecuentemente, la atención de Keynes recayó en el análisis de aquellas causas que impedían que el sistema económico alcanzara un cierto equilibrio, poniendo de relieve que las crisis, tanto económicas como sociales, requerían soluciones que implicaran a la sociedad en su conjunto, en lugar de tratamientos específicos para individuos aislados.

Vivir el presente era lo que importaba. El famoso aforismo de Keynes "a largo plazo todos muertos" no hace más que confirmar tal disposición, hasta el punto que llegó a afirmar que los periodos largos tan sólo debían ser motivo de preocupación de estudiantes y advenedizos al mundo de la economía.

Keynes fue un teórico del corto plazo, desplazó el énfasis del futuro al presente. Esta ruptura con la tradición económica dominante supuso, al mismo tiempo una profunda degradación de la economía del ahorro, de la frugalidad y de la abstinencia y un mayor distanciamiento de Keynes del puritanismo victoriano, al que consideraba como la principal limitación del capitalismo y responsabilizaba de sus miserias y sus males.

2. Véase la biografía que sobre Keynes realizó Roy Harrod, destacado keynesiano. Harrod, R.F., *La vida de John Maynard Keynes*, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.

No obstante lo anterior, sus reproches al capitalismo no eran de carácter general, se limitaban a ciertos aspectos circunscritos a la irracionalidad económica y a la desigualdad social. Sobre este punto no dejó espacio a la duda cuando en su día aseveró que la lucha de clases le encontraría del lado de la burguesía culta. Perseguía la humanización de la sociedad liberal británica de su época y desconfiaba del *laissez-faire* para conseguirlo.

Keynes, un liberal inglés e ilustrado, propuso el cambio. Las tradiciones éticas y económicas del Cambridge eduardino se vieron convulsionadas. Sin embargo, su ideario se orientaba a cambiarlo todo para que, de una u otra forma, todo siguiera igual. La mejora de la condición humana bajo el liberalismo práctico se constituyó así, en un gran objetivo estético.

2. LA ECONOMIA QUE KEYNES CONOCIO

En las proposiciones de Keynes no había nada de extraordinario, quizás en esto radique su acierto. Procuró, simplemente, traducir las características más relevantes y significativas del funcionamiento de la economía que el conoció a la teoría económica.

De tal manera, su obra debe enmarcarse en aquel contexto en que el divorcio entre la política y la economía propio del siglo XIX iba diluyéndose de forma progresiva en el interior de un creciente y complejo entramado de relaciones políticas y económicas, mientras que los sistemas económicos fundamentados en la doctrina del *laissez-faire* manifestaban su debilidad para asimilar sin traumatismos sus propias fluctuaciones recurrentes.

El pensamiento económico convencional asentado teóricamente en la anterior dicotomía iba perdiendo su capacidad predictiva y explicativa. El avance y asentamiento de los sistemas democráticos, la aceptación de ciertas políticas de bienestar social para hacer frente a las demandas sociales, motivaciones de carácter bélico y las lógicas modificaciones en la estructura económica, entre otras causas, dieron como resultado una creciente intervención de los gobiernos en la vida económica de principios de siglo. Los procesos políticos tomaron el relevo al mercado y su papel autónomo de regulación fue cediendo terreno en numerosos y destacados espacios de la esfera económica.

En particular, para Keynes la economía británica se caracterizaba por su enorme capacidad productiva y una elevada acumulación finan-

ciera fruto del desarrollo de los mercados imperiales, lo que le llevó a considerar que, de hecho, en una economía de tales características existía un exceso de oferta. De este modo, mientras los problemas que de esta última pudieran derivarse quedaban soslayados, las insuficiencias de la economía británica debían buscarse en su propia causalidad interna, en el funcionamiento del sistema financiero.

La atención que Keynes prestó al sector financiero en su obra es comparable al tratamiento dado por éste a las expectativas, la especulación o el comportamiento irracional de los sujetos económicos. La palmaria hegemonía del mundo de las finanzas sobre el resto de las actividades económicas estaba permanentemente en la base de sus preocupaciones económicas. Evidenció cómo la economía británica con unas posibilidades productivas de gran alcance operaba muy por debajo de su plena capacidad, circunstancia cuya responsabilidad atribuyó a la existencia de ciertos mecanismos que, asentados en un gigantesco sistema financiero y una amplia clase rentista, propiciaron una excesiva apropiación del excedente manufacturero. La estrecha vinculación entre ahorro y activos financieros que de la anterior situación se derivaba, dejaba de lado a los activos reales y, consiguientemente, a la inversión productiva.³

Aquella interacción entre la clase rentista y el sistema financiero que contribuyó decididamente a que la economía de la Gran Bretaña se constituyera en la más rica y poderosa de la tierra había tocado fondo. Ese mismo fenómeno al alcanzar un determinado techo había empujado a la economía hacia la oscuridad de la crisis.

3. LA RESPUESTA DE KEYNES

Frente a todo lo anterior, Keynes empuñó sus esfuerzos en demostrar de qué forma una economía como la británica puede llegar al equilibrio sin que para ello sea necesaria la plena ocupación de los recursos, respetando al mismo tiempo todas aquellas pautas y reglas económicas que en el pasado habían coadyuvado al logro del equilibrio con pleno empleo.

Será en su *Teoría general* en donde Keynes presente ese modelo alternativo sobre el funcionamiento de la economía capitalista más acor-

3. Véase Cecco, Marcello de, *El último romano* en Robert Skidelsky ed., *El fin de la era keynesiana*, Editorial Laia, Barcelona, 1982.

de con la realidad que aquel en que se apoyaba la teoría económica neoclásica, cuyas rígidas premisas dificultaban el acomodo de la evidencia y de sus más que previsibles cambios. El mismo advirtió de los peligros de aplicar los principios de una teoría construida sobre las hipótesis del *laissez-faire* y la libre competencia a una sociedad que estaba abandonando tales supuestos, resultando indeseable en muchos de sus aspectos, fundamentalmente en aquellos que devenían lesivos para la dignidad humana, es decir, el desempleo y las desigualdades originadas por la mala distribución de la riqueza y la renta. Iniquidad que, además de éticamente reprobable, provocaba efectos económicos negativos. Limitaba la demanda de consumo y reducía los incentivos para invertir.

La gran depresión de 1929 era ya un hecho, Keynes la visionó como una crisis de subconsumo, en donde los beneficios empresariales eran demasiado reducidos debido a una insuficiente demanda agregada de la economía. Dada la extrema sensibilidad del nivel de empleo respecto a la demanda efectiva, el paro masivo que tal situación generó se constituyó en el problema de más urgente solución.

Sin embargo y siempre según Keynes, las anteriores deficiencias podrían ser abordadas con efectividad y subsanadas en su caso, arbitrando ciertos cambios en el funcionamiento del sistema. De aquí debe colegirse el alcance de la intervención económica de los gobiernos por él propugnada que estaba orientada en definitiva a atacar el desempleo a través de dos vías complementarias. La regulación y estímulo de la actividad económica privada, por un lado y el control del gasto agregado a partir del déficit público, por el otro. Por su parte, el mercado seguiría jugando su tradicional papel de asignador de recursos.

Así, para Keynes y, a la postre, para lo que con el tiempo sería el sistema keynesiano, eran dos los principales actores de la vida económica, el mercado y el Estado. En síntesis, Keynes sentó las bases teóricas del capitalismo regulado, de lo que se ha dado a conocer como economía mixta.

4. LA TEORIA GENERAL

La *Teoría general*, la *opera prima* de Keynes, debe entenderse como un intento serio y original por dar respuesta al persistente problema del paro que aquejaba a la sociedad británica del periodo de entreguerras. Expuso analíticamente una situación de equilibrio a corto plazo en donde el desempleo involuntario de recursos, y muy especialmente

de trabajo, era posible. Para ello se apoyó en el desarrollo teórico de la demanda agregada y de sus dos componentes básicos, el consumo y la inversión.⁴

Junto a lo anterior destacan, de forma especialmente relevante, tres factores psicológicos fundamentales, la propensión psicológica a consumir, la expectativa psicológica respecto al rendimiento futuro de los bienes de capital y la actitud psicológica frente a la liquidez. Elementos que dan consistencia a tres pilares teóricos básicos de la *Teoría general*, a saber, la función consumo, la eficacia marginal del capital y la preferencia por la liquidez.

Según Keynes, el consumo estaría estrechamente condicionado por la primera ley psicológica fundamental. Cualquier aumento en el nivel de renta generará una elevación del gasto en consumo pero en una proporción menor que en lo que aquélla lo ha hecho, de donde se generaría un relativo rezago del consumo respecto a las variaciones en la renta. El ahorro creciente debería ser entonces absorbido por el crecimiento de la inversión. De no ser así, el objetivo del equilibrio de pleno empleo no se alcanzaría, apareciendo, de este modo, el fenómeno del subconsumo.

Por su parte, la inversión dependerá en buena medida de la eficiencia marginal del capital, es decir, de las condiciones sobre los beneficios esperados de un determinado proyecto de inversión. Por lo tanto, este último, como cabría esperar, estaría sujeto a las expectativas que sobre el futuro tuvieran los empresarios.⁵

La caracterización que Keynes hacía de las expectativas de inversión rayaba con el pesimismo. A largo plazo la inversión productiva estaba condenada a disminuir. La incertidumbre, en la base de su segunda ley psicológica, convertiría la eficacia marginal del capital en inestable y volátil.

No obstante, la comprensión de este fenómeno debe ir acompañada del tratamiento particular dado por Keynes al dinero.⁶ Presentó una economía monetaria en donde la incertidumbre respecto al futuro era fruto de la existencia del dinero como reserva de valor. Un hecho que

4. El tratamiento que Keynes dió a la demanda efectiva no era enteramente nuevo. Existen precedentes teóricos en Khan y Kalecki y prácticos en la joven generación de economistas suecos de la época.

5. Para Keynes la inversión sería el determinante fundamental del nivel de ahorro. Rompía de este modo con la causalidad neoclásica ahorro-inversión.

6. Keynes se aleja nuevamente de la teoría neoclásica, en cuyo mundo de información completa y certidumbre, el dinero no tendría cabida.

avalaba la incapacidad de un sistema autorregulado para alcanzar una situación de equilibrio con plena ocupación de recursos. Dificultad que estaba originada por la imposibilidad de reducir, más allá de un cierto límite, la tasa de interés del dinero, determinada a su vez por la interrelación entre la preferencia por la liquidez —el deseo de mantener la riqueza en forma líquida— y la cantidad de dinero existente en la economía⁷. La tasa monetaria de interés se constituía así en una limitación a la expansión de la inversión productiva.

En efecto, al tipo de interés jugará un papel destacado en la fijación del nivel de empleo, en la medida que será el que delimite el nivel que debería alcanzar la eficacia marginal de un bien de capital para que éste vuelva a producirse. De esta manera, la creación de nueva riqueza dependerá de que su rendimiento probable alcance el nivel que establezca la tasa de interés corriente y de que no se sitúe por debajo de ella.

He aquí una regla que regula el grado de escasez del capital en la economía. Cuanto menos escaso sea éste, menor será su eficacia marginal y cuanto más bajo sea el tipo de interés mayores condiciones existirán para aumentar la riqueza.

Por otro lado y de igual manera, la preferencia por la liquidez estará sujeta a los rigores de una nueva regla psicológica. Los individuos desearán mantener dinero en efectivo, aún a costa del interés producido por otros instrumentos de menor liquidez, según sean sus expectativas acerca del futuro.

La inseguridad elevaría la preferencia por la liquidez hasta el punto en que el alza del tipo de interés por tal situación generada, ajustara la oferta de dinero y de títulos. Este aumento de la tasa monetaria de interés provocaría, por su parte, un descenso en el nivel de inversión, confrontado, en este caso, a una mayor eficacia marginal del capital. Por el contrario, una mayor confianza de la gente en el devenir histórico resultaría en una reducción de la preferencia por la liquidez, una baja en los tipos de interés y un estímulo a la inversión productiva.

A pesar de lo anterior, la preferencia por la liquidez será en cierto grado inestable, debido, en lo fundamental, a que buena parte de la demanda de dinero líquido obedece a motivaciones especulativas. En opinión de Keynes no habrá forma racional alguna de conocer lo que deparará el futuro, de tal modo que se darán las condiciones para el funcionamiento de mercados especulativos.

7. El mercado neoclásico de fondos prestables deja paso, de este modo, a la oferta y demanda de dinero como determinantes de la tasa monetaria de interés.

En tal situación, el público emulará de forma mimética el comportamiento mayoritario que fluctuará desde un optimismo sin freno al conservadurismo más acusado. De esta forma, la demanda de dinero con idéntico comportamiento destacará por ser altamente inestable. Característica que obedecerá, en última instancia, a la relación existente entre la tasa de interés y las expectativas inciertas respecto a su comportamiento futuro.

De todo lo anterior, Keynes infiere la escasa efectividad de la política monetaria. Las operaciones de mercado abierto si bien podrían llegar a influir en la tasa de interés a partir de variaciones en el volumen de dinero, también darían paso a expectativas cambiantes respecto a la política futura del banco central y del gobierno. En este caso y dada la volatilidad de la función de demanda de dinero, la incertidumbre frente al futuro podría dejar invariable el tipo de interés. Fenómeno cuya existencia debe ser atribuida a que el dinero que puede llegar a modificar la tasa monetaria de interés se encuentra en manos de los especuladores.

Queda evidenciado el tipo de limitaciones que impedirían en el análisis de Keynes el mantener la demanda efectiva a un nivel lo suficiente elevado como para generar el pleno empleo, resultado de la existencia de una tasa de interés a largo plazo bastante estable, junto a una eficacia marginal del capital volátil y altamente inestable. Se estaba refiriendo, en suma, a la contradicción subyacente entre el espíritu especulador a corto plazo y la inversión a largo plazo de la cual dependía, a fin de cuentas, el excedente económico de la sociedad.

Frente a las dificultades, la situación ideal. Las condiciones óptimas de producción con ocupación plena serían, según Keynes, aquellas en donde una buena dotación de capital anulara su eficacia marginal, haciendo lo propio con el tipo de interés y el ahorro. El que los artículos de capital fueran tan abundantes como para hacer desaparecer la eficacia marginal se constituía, así, en el camino más sensato para superar muchas de las características objetables del capitalismo. Empero, la anterior proposición colisionaría con la imposibilidad práctica de reducir la tasa de interés del dinero hasta aquel punto en que el proceso de creación de riqueza fuera el óptimo.

Tan sólo con la eliminación progresiva de la figura del rentista podría llegar a ejercerse un verdadero control sobre los tipos de interés. En realidad, Keynes propugnaba el control de aquellos aspectos que, recayendo enteramente bajo la órbita de la iniciativa privada, obstaculizaban el logro de una tasa máxima de inversión.

En espera de que la famosa figura de la eutanasia del rentista se hicie-

ra realidad, apostó por el control deliberado de la tasa de inversión y de la propensión al consumo para impedir que en su mayor parte se abandonaran a la influencia del *laissez-faire*. En este tipo de proposiciones se fundamenta la controvertida afirmación de Keynes en pro de una socialización relativamente amplia de la inversión como la única posibilidad real y a corto plazo de aproximarse con acierto al pleno empleo. El Estado debería ser capaz de asegurar la cantidad agregada de recursos que garantizaran la plena ocupación, asegurando un suficiente nivel de beneficios a aquéllos que gozaran de la propiedad de los medios de producción.

No es la propiedad de estos últimos la que debería asumir el Estado. La socialización keynesiana debe entenderse como el control gubernamental indirecto y general de la economía, como la preparación y canalización de la inversión privada, de tal modo que resultaran compatibles la actividad individual y ciertas medidas de gasto público en servicios de carácter colectivo sin cobertura presupuestaria. Mercado libre y déficit público que deberían complementarse con un sistema racional de incentivos y subsidios. Así pues, lo que estaba sobre la mesa no era tanto la socialización de la propiedad y de la oferta, como la del gasto y la demanda orientada hacia la planificación del pleno empleo y una mejor distribución de la renta.

En suma, frente a los imprevisibles resultados de una política monetaria dirigida al estímulo de la inversión privada a través del dinero barato, Keynes antepone la política fiscal como solución de corto plazo para enfrentar el grave problema del desempleo. La prescripción era muy simple. El gasto público tendría un efecto multiplicador expansivo sobre el nivel de producción y el empleo.

Con esta fórmula se alejaba de aquellas teorías que confiaban en la reducción de los salarios y la previsible recuperación de la rentabilidad empresarial la regla de creación de empleo. Para Keynes tal tipo de normas no eran económicamente viables, la inflexibilidad a la baja de los salarios monetarios era la causa. Y aunque así no sucediera, demostró como una contracción salarial, dadas las rigideces de la economía y la incertidumbre, reduciría el gasto agregado y con ello el nivel de actividad y de empleo. Probó, en definitiva, que los salarios rígidos a la baja ni eran los responsables del desempleo, ni su superación la vía de solución de este fenómeno.

5. LA ECONOMIA KEYNESIANA

La crisis de los años treinta evidenció a los economistas la plausibilidad de las ideas de Keynes. El Estado debería constituirse en la columna vertebral de una economía bicéfala, en donde la interconexión de los sectores privado y público sentarían las bases de una nueva división del trabajo. Hasta este punto la historia ha demostrado el éxito de sus postulados. No existe país capitalista contemporáneo que no haya dispuesto del instrumental keynesiano para hacer frente a su propia realidad económica.

Sin embargo, el deseo de Keynes de que su *Teoría general* fuese aceptada en realidad como una teoría general en cuyo seno la teoría ortodoxa solamente tendría cabida en tanto caso extremo de todas las posiciones posibles de equilibrio —aquella en que se diera el pleno empleo— resultó truncado. J.R. Hicks en su trabajo *Mr. Keynes y los clásicos*⁸ relegó la teoría de Keynes a un caso particular de la neoclásica, una vez se hubiesen incorporado a ella determinadas hipótesis de carácter restrictivo —salarios monetarios rígidos a la baja, ilusión monetaria, inelasticidad de la inversión, trampa de la liquidez.

La síntesis neoclásica apoyada en el famoso modelo IS—LM se hizo realidad. El keynesianismo apareció, de esta forma, como un producto derivado del pensamiento de Keynes. No obstante, será el hecho de que Keynes no rompiera en su totalidad con las bases teóricas de la tradición neoclásica lo que dejará abiertas las puertas de su rehabilitación.⁹

No resulta fácil, por lo tanto, separar a Keynes de sus seguidores más ortodoxos. Parafraseando a Robbins sería keynesianismo aquello que hacen los keynesianos. Lejos de ser esto último un canto a Perogrullo, se nos antoja que alguna relación debe tener con Keynes.

Fue a partir de 1946, año de su muerte, cuando en realidad se inicia la hégira keynesiana. Desde aquel entonces hasta la década de los setenta, la ya referida lectura keynesiana de Keynes se conformó como la base de las políticas económicas instrumentadas en la práctica totalidad de los países capitalistas.

⁸. Publicado junto a otros ensayos en Hicks, J.R. *Ensayos críticos sobre teoría monetaria*, Editorial Ariel, Esplugues de Llobregat, 1971.

⁹. Es de destacar, entre otras características, la confianza de Keynes en la ley del valor neoclásica así como en las funciones de demanda de trabajo y capital, en donde la productividad marginal de los factores estará en la base de sus propias remuneraciones.

El keynesianismo tomó el relevo de la economía neoclásica. Se convirtió en la ortodoxia predominante. Pasó de ser una serie de prescripciones económicas asentadas en un análisis de corto plazo, cuya finalidad perseguía abordar una realidad histórica, concreta y específica, a metamorfosearse a una fórmula cuasi-mágica de crecimiento sostenido a largo plazo.

En efecto, la economía keynesiana operaba como un conjunto de recetas explicativas del grado de intervención gubernamental en la vida económica, fundamentalmente orientadas a estabilizar las fluctuaciones cíclicas de la economía. La combinación de políticas monetarias —una vez recuperada su potencia por la rehabilitación neoclásica— y fiscales y de instrumentos más específicos de regulación de la actividad económica privada iban a ejercer el control de la demanda agregada.

6. LA ERA KEYNESIANA

Se creía que si la demanda era la apropiada la oferta se ajustaría por sí misma, la inversión aumentaría, la economía crecería y la tarta a repartir también sería mayor. La preocupación se orientaba más hacia la cuantía del gasto que a su propia naturaleza. Bastante correctamente, del mensaje de Keynes se infirió la concepción de que era conveniente cualquier tipo de gasto mientras los recursos estuvieran plenamente ocupados.

A finales de los años sesenta el mundo capitalista estaba subsumido en una situación de gasto desenfrenado. Todo parecía indicar que seguía sin haber interés por el largo plazo. Empero, aquéllo no podía durar mucho. Las políticas estabilizadoras de los ciclos cortos chocaron con la realidad misma. La prosperidad y formas de hacer propias de la era keynesiana trajeron de su mano la inflación y el estancamiento, acompañado de una elevada tasa de paro como secuela.

En sus obras Keynes no abordó las consecuencias a largo plazo derivadas de sus análisis a corto. Su rechazo de la ley de Say por la cual toda oferta crearía su propia demanda, se saldó con un giro de 180 grados. Sería ahora la oferta la que no tendría dificultades para ajustarse a una demanda creciente y sostenida. La atención se trasladó del lado de la oferta al de la demanda. De tal manera y con el tiempo, la poderosa dirección de la demanda efectiva keynesiana se tornó en un arma arrojadiza que se reveló contra sí misma.

Se habían abandonado aspectos que podían estar vinculados a la

estructura de la oferta del propio sistema. Se dejaron de lado, entre otros, problemas relativos a la obsolescencia estructural, los desequilibrios sectoriales, el desempleo que podría generar a largo plazo la acumulación de capital o la progresiva integración e interdependencia de las economías nacionales en un desigual contexto internacional.

En la misma línea, no deja de ser relevante la fe de Keynes en la que denominaba teoría fundamental del valor. Actitud que supuso un obstáculo para incorporar en sus elaboraciones parte de la evidencia. Esto es, la fuerte tendencia a la concentración industrial y, en particular, el aumento del grado de control de las grandes corporaciones sobre el mercado. No existe, por consiguiente, en la *Teoría general* un tratamiento específico del poder de mercado y el grado de monopolio de las grandes empresas como elementos a considerar, es decir de situaciones en donde una contracción de la demanda supusiera no ya una disminución de precios, sino todo lo contrario, un incremento de los mismos junto a reducciones de la oferta.

La no incorporación de esta serie de elementos en la teoría keynesiana supuso el soslayar la existencia de importantes rigideces del sistema económico que hacían progresivamente al mercado más imperfecto y menos relevante. Tales omisiones acompañadas de una aplicación mecánica e instrumental de las prescripciones cortoplacistas de Keynes dieron como resultado, al cabo de tres décadas, nuevas distorsiones en la economía.

Una mala e ineficiente asignación de recursos, un consumo de bienes naturales perecederos sin precedentes, sectores públicos extremadamente rígidos e ineficaces, sin capacidad operativa y ahogados por importantes crisis fiscales son algunas de las características resultantes. Sin duda, la llamada crisis keynesiana es comparable en su magnitud a la gran depresión de 1929, aunque con un componente a adicionar al estancamiento y el desempleo, la inflación.

En realidad, los tradicionales instrumentos keynesianos fueron perdiendo eficacia en forma creciente. La planificación pública hizo su aparición en respuesta a la realizada en los mercados privados por las grandes corporaciones industriales. Los salarios y precios dependían cada vez en mayor medida de la actitud de empresa y sindicatos y de la política de rentas. La dirección gubernamental de la economía se fue, de forma progresiva, permeabilizando a las sensibles presiones de aquellos grupos sociales en conflicto que pugnan con el paso del tiempo por participaciones superiores del producto nacional. De este modo, la racionalidad económica de los gobiernos permanecería sujeta a ciertas de-

mandas específicas y posteriores negociaciones políticas.¹⁰

Con todo ello ha quedado configurado un nuevo panorama político y económico, sustancialmente diferenciado de aquel en que Keynes formulaba sus prescripciones para la economía británica. *La Teoría general* creada para la década de los treinta es difícilmente probable que hoy resulte lo válida que podía ser en los tiempos de su concepción.

Sin embargo y por último, la obra de Keynes, incorporada ya al mundo de lo clásico, ha coadyuvado, al fin y al cabo, a profundizar en la comprensión y la solución de los problemas a que se enfrentan las economías reales. El arma de la demanda efectiva y de la actividad económica gubernamental gozan todavía hoy de validez, si a ellas se incorpora la necesaria dosis de pragmatismo que permita su complementación con políticas de oferta, entre otras, orientadas fundamentalmente hacia el sector productivo y la acumulación de capital. Quizá sea tiempo también de poner fin a la era de las causas económicas únicas y monocordes.

10. Véase Barraclough, G., *La era keynesiana en perspectiva* en Robert Skidelsky ed., *El fin de la era keynesiana*, Editorial Laia, Barcelona, 1982.